

INTRODUCCIÓN

Apartar los ojos de las tristezas presentes para volverlos á las espléndidas glorias de lo pasado y hacerlas revivir en las postrimerías de un siglo que ha ido malversando uno á uno los opulentos feudos de nuestro gran patrimonio nacional; consagrarse á la evocación de aquellos gigantes de la fe y el heroísmo, de la ciencia y el arte, que inmortalizaron el nombre de España hasta en los últimos confines de la tierra, es labor llena de inefables encantos para quien siente arder en su espíritu el fuego del amor á la patria; es indirecto, pero fecundo modo de protestar contra el pesimismo de propios y extraños en juzgar precipitada y absurdamente de nuestras cosas, y es, finalmente, el más poderoso de cuantos estímulos pueden despertar la conciencia, el sentimiento del honor colectivo y las energías latentes de nuestra raza. Así tal vez se facilita la conciliación del espíritu castizo con las innovaciones que trae consigo el transcurso de los tiempos, conciliación necesaria para impedir que las flores y los frutos del progreso arrastren una vida miserable y efímera, por no participar de la savia del árbol de la tradición.

Esponáneamente brotan de mi pluma estas reflexiones al comenzar un estudio que está dedicado á la memoria de Fr. Luis de León, del poeta sublime, del pensador teólogo y exégeta sapientísimo, cuya figura resplandece con los fulgores de la inmortalidad en esa inmensa constelación de genios extraordinarios que produjo la España del siglo XVI. No voy á hablar, ciertamente, de un personaje olvidado, ni necesito apelar á encarecimientos retóricos para enaltecerle, ya que su nombre es á modo de sombra familiar y simpática, no por eso menos augusta, con que hacemos conocimiento desde la infancia, y que luego se ama y se respeta con creciente fervor y entusiasmo, á medida que la experiencia del mundo, las luces de la cultura y la reflexión viril nos enseñan á penetrar los profundos arcanos y la inefable belleza de aquellas rimas que, adhiriéndose tenazmente á la imaginación y al oído, no han cesado de halagarlos hasta entonces con su hechizo misterioso. Por otra parte, ¿quién no conoce algunos episodios de la vida de Fr. Luis de León? ¿Quién no tiene idea más ó menos exacta de las calumnias y persecuciones que sufrió con heroica magnanimidad? ¿Quién no siente por él la admiración y el afecto que inspiran el mérito postergado, la virtud y el saber combatidos por la envidia, la inocencia humillada por la iniquidad triunfante? Muy contados son los hombres ilustres con quienes se muestra tan invariablemente lisonjera la posteridad; los que reciben de ella una reparación tan cabal de las injusticias cometidas por sus contemporáneos; los que, como él, á través de las edades y á despecho de los cambios en las ideas, en los gustos y sentimientos de sucesivas generaciones, van recogiendo las alabanzas de todas y aparecen cada vez

más firmemente erguidos sobre el pedestal de la fama y más inaccesibles á las osadías de la ignorancia y el apasionamiento.

No escasean tampoco, como se verá luego, las biografías de Fr. Luis, los panegíricos de sus obras, los trabajos más ó menos extensos destinados á examinar su representación en nuestra historia literaria y científica; pero está aún por escribir una obra digna del altísimo poeta, y que refleje con entera fidelidad los dramáticos episodios de su vida, donde los risueños tonos del idilio se unen con la perspectiva lúgubre de la tragedia; una obra en que se dé á conocer la inquebrantable firmeza de su carácter, harto distinto de como vulgarmente se lo imagina la mayor parte de sus admiradores; una obra en que se aquilaten el valor y la amplitud de su genio científico, al par que la riqueza de su inspiración artística. Ya que no me sea dado realizar tan ardua empresa, trataré, cuando menos, de vencer algunos obstáculos, entre los muchos que hoy ofrece á cuantos se atrevan á intentarla.

Es indudable que la gran figura del Maestro León va asociada á las manifestaciones más culminantes de la vida intelectual en la España del siglo XVI, á todo aquel asombroso empuje con que por un lado se exhudaban los tesoros de la cultura greco-latina, procurando infundir el soplo de la belleza clásica en las producciones del ingenio nacional, y por otra parte, se aplicaban á los mismos estudios eclesiásticos los nuevos métodos de investigación y de crítica que trajo consigo la Era del Renacimiento, con lo cual se vigorizó el empobrecido organismo de la Escolástica, se proveyeron sus defensores de armas acomodadas á las necesidades de la controversia antirreformista, se depuró de esco-

rias y herrumbres el oro de la doctrina elaborada por los grandes Maestros de la Edad Media, se decoró profusamente el templo de la Teología con las joyas de la erudición profana, y vino á adquirir la reina de las ciencias un carácter enciclopédico que le hizo respetable aun á los ojos de sus encarnizados adversarios.

Si consideramos á Fr. Luis de León como poeta y como insuperable artífice de la lengua castellana, por cuyos privilegios y excelencias peleó con el brío que comunica una convicción profunda y con la eficacia del ejemplo y de la demostración práctica, todo encomio parece mezquino y desproporcionado para sus méritos. Nadie, entre los ingenios de su época, voló tan alto ni supo vestir con tan divina naturalidad los más encumbrados pensamientos; nadie como él pulsó alternativamente, y con la misma soberana maestría, el arpa de los Profetas y la lira del Cisne de Venusa; y en ningún espíritu se ha celebrado con tanta plenitud como en el suyo el casto himeneo del ideal cristiano con las Gracias. Por mucho que nos fascinen la melodía suavísima de Garcilaso y la deslumbrante pompa de Herrera, bien puede afirmarse que, así á ellos como á los demás grandes líricos que ha producido España desde el siglo XVI hasta el presente, les falta algo de aquel soberano concierto de perfecciones que brillan en el cantor de *La vida del campo* y la *Noche serena*: el arte sin artificio; el hondo sentimiento de la Naturaleza, tan raro en aquellos tiempos de églogas cortesanas y falsedades bucólicas; la delicadeza é intensidad afectivas que á un mismo tiempo agitan el ánimo con aspiraciones ardientes é insaciables, y lo templan y aquietan, cerrándolo á todos los rumores del mundo vano; el carácter singularísimo, extraño á los preceptos de la Retórica y á

los convencionalismos de escuela, que da á las estrofas del insigne Maestro el valor de lo que se escribe para todos los hombres y para todos los tiempos; el completo señorío de la forma, ejercido sin violencias ni ambiciosas pretensiones, y realizado por una amable y encantadora ingenuidad que parece desdeñar el uso de la lima. Él mismo nos dice, al dedicar sus poesías á D. Pedro Portocarrero, el modo con que brotaron de su pluma: «Entre las ocupaciones de mis estudios en mi mocedad, y casi en mi niñez, se me cayeron como de entre las manos estas obrecillas, á las cuales me apliqué más por inclinación de mi estrella que por juicio ó voluntad.»

En cambio se dedicó á labrar la prosa castellana con extraordinario ahinco, y empleó en esta empresa toda la pulcritud y el esmero posibles, para no hablar *desatadamente y sin orden*, y para *poner en las palabras concierto*; porque entendía que «el bien hablar no es común, sino negocio de particular juicio, ansí en lo que se dice como en la manera como se dice, y negocio que de las palabras que todos hablan elige las que convienen y mira el sonido dellas, y aun cuenta á veces las letras, y las pesa y las mide y las compone, para que, no solamente digan con claridad lo que se pretende decir, sino con armonía y dulzura.» Mucho le debe nuestra lengua por haberla levantado *del decaimiento ordinario*, y defendido contra los ataques de la pedantería; pero no es precisamente la parte que pudiéramos llamar de habilidad técnica lo que más entusiasmo y suspende en la lectura de *Los Nombres de Cristo*, *La Perfecta Casada* y las exposiciones de *Job* y del *Cantar de los Cantares*, sino el fulgor sublime de las ideas; el modo de traducir en cláusulas, llenas de sentido y encanto,

los misterios de la revelación cristiana; el vuelo de águila con que el artista teólogo se remonta á esferas que sólo de lejos columbró el espíritu de Platón, y el armonioso conjunto de lo humano con lo divino, de la especulación filosófica con la Teología y las Escrituras Sagradas, en cuyos abismos penetra guiado siempre por la antorcha de la fe, por los destellos de su propia inteligencia, nacida para contemplar todo lo grande, y por el dominio profundo que había adquirido de los textos bíblicos originales.

Estos dos aspectos de poeta sin rival y de eminente prosista castellano, no son los únicos que ofrece la figura del Maestro León. En ella vemos también una de las más altas y genuinas glorias del Renacimiento á la española, del Renacimiento entendido con la amplitud de criterio y la libertad fecunda no soñadas jamás por la turba fanática de los que se ceñían servilmente á la letra de los autores griegos y latinos. Fr. Luis de León logró penetrar en los secretos de la belleza clásica, desconocidos para tantos y tantos fastidiosos escoliastas ó imitadores de Horacio y Virgilio, y acertó á seguir las huellas de sus modelos sin perder el lauro de la originalidad. Manejaba, cuando quería, la lengua del Lacio con el primor y la exquisita pureza de un ciceroniano fervoroso; pero no incurrió en el extremo de sacrificar el fondo á la forma, ni tampoco se desdeñaba de emplear el tecnicismo y el método escolásticos cuando así lo exigían la índole del asunto, la precisión didáctica y la claridad de las ideas. Entró con gusto y decisión en la corriente innovadora que combatía de frente todas las preocupaciones y reliquias de la barbarie, así en el terreno científico como en el artístico; pero guardándose muy bien de los exclusivismos, impiedades y ri-

diculeces que con razón se censuran en muchos humanistas de Italia.

El exquisito gusto, el conocimiento de las ciencias profanas y la erudición lingüística sirvieron á Fr. Luis de poderoso auxiliar para los estudios teológicos y escriturarios, á que dedicó la mayor parte de su vida. Por eso le corresponde un lugar preferente en aquella legión de sabios españoles que desterró los abusos de la Escolástica, y que, empleando en la defensa del dogma católico las mismas armas con que lo combatían los protestantes, reportó á la Iglesia innumerables triunfos é hizo brillar en las Universidades españolas y extranjeras la luz del progreso legítimo y de la verdadera reforma. Discípulo de Melchor Cano, á quien se asemejó en la independencia de criterio y en el odio á las mezquinas preocupaciones de secta ó bandería doctrinales; amigo y confidente de Arias Montano, como él y más que él perseguido por la ignorancia y la hipocresía, como él partidario de un sistema de exégesis que daba al sentido literal de los Libros Santos la importancia que se habían empeñado en negarle los frívolos cazadores de alegorías sin substancia ni fundamento; rival afortunado, en las oposiciones á cátedras, de los hombres más ilustres que honraban en su tiempo al Claustro de Salamanca; Maestro del eximio Doctor Francisco Suárez, á quien transmitió la gloriosa herencia de la tradición iniciada en Francisco de Victoria; preséntase el inmortal agustino, como teólogo y expositor, rodeado de un prestigio comparable con el que por sufragio unánime se le concede en la historia de nuestra literatura.

Aunque Fr. Luis de León no nos ha dejado ninguna obra exclusivamente filosófica, demostró en casi to-

das las suyas que poseía admirables condiciones de pensador, inteligencia despejada y profunda para plantear y resolver los más arduos problemas metafísicos. En un estudio de mi sabio y malogrado compañero, el P. Marcelino Gutiérrez (1), aparece reconstruido el pensamiento filosófico del Maestro León y organizados los materiales dispersos de su doctrina, que si coincide, en gran parte, con la aristotélico-tomista, contiene también bastantes elementos platónicos—no tantos como se suele decir,—y admite algunos de otras escuelas, combinados todos á la luz de una crítica imparcial y sensata, que ni desdeña sistemáticamente la autoridad, ni la acata con ciego servilismo; que busca sólo la verdad y la abraza allí donde se le presenta.

Admiraron asimismo en Fr. Luis sus contemporáneos el talento oratorio (2), del que son pruebas los tres excelentes discursos latinos, impresos por vez primera á fines del siglo XVIII (3), y algunos fragmentos de *Los Nombres de Cristo* que, como observó Mayans, ofrecen el atractivo de acabados sermones, si se prescinde del artificio del diálogo. Al confiarle la Universidad de Salamanca y la Provincia Agustiniiana de Castilla un tan honroso encargo como el de represen-

(1) *Fr. Luis de León y la Filosofía española del siglo XVI.*—Madrid, 1885.—Segunda edición, Madrid, 1891.

(2) El Licenciado Bermúdez de Pedraza le califica de «predicador tan afamado por su doctrina y suavidad de lenguaje, que se podría llamar con más razón Musa Granadina que Ática Demóstenez.» *Antigüedad y excelencias de Granada*, fcl. 126.—Madrid, 1603.

(3) *Fr. Ludovici Legionensis, Augustiniani, Doctoris Theologi Salmanticensis, Orationes tres ex codice manuscripto.*—Matriti, typis Benedicti Cano, 1782.

tarlas y llevar su voz en ocasiones solemnes, se guiaban, sin duda, por la reputación universal que conseguía la elocuencia del insigne Profesor, á quien no faltaron ni la amplitud y variedad de conocimientos, ni la brillante fantasía, ni el dominio y la galanura de expresión que exige el arte de convencer y persuadir.

Vienen á completar este cuadro ciertas curiosas indicaciones de Francisco Pacheco, aunque, á mi modo de ver, hay en ellas algo de hiperbólico é inverosímil, que descontará el buen sentido de los lectores en sabiendo que ningún otro biógrafo de Fr. Luis de León dice nada semejante á lo que consigna el pintor andaluz por estas palabras: «... fue la mayor capacidad de ingenio que se ha conocido en su tiempo para todas las ciencias y artes; escribía no menos que nuestro Francisco Lucas, siendo famoso Matematico, Aritmetico i Geometra i gran Astrologo i Judiciario (aunque lo usó con templanza); fue eminente en uno y el otro Derecho; Medico superior que entrava en el General con los d' esta facultad y argüía en sus actos... Estudio sin maestro la Pintura, y la ejercito tan diestramente que entre otras cosas hizo (cosa difícil) su mismo Retrato; tuvo otras infinitas avilidades, que callo por cosas mayores...» (1).

Lo que de todas suertes cabe afirmar es que á la soberana excelstitud del ingenio de Fr. Luis correspondían la entereza de su carácter, la indomable resisten-

(1) *Libro de descripción de verdaderos Retra'os, de Ilustres y Memorables varones. En Sevilla, 1599.*—Antes de que el señor D. José María Asensio publicase este libro, se había dado á conocer el elogio de Fr. Luis de León en el *Semanario Pintoresco*. (1844, págs. 374-375.)

cia que siempre opuso á lo que estimaba infracción del derecho, tendencia abusiva, error manifiesto ó insidioso; la austera virtud, no estoica, sino inspirada en las máximas del Evangelio y en la imitación de Cristo, y que inundó su alma de inefables consuelos, endulzándole el amargo cáliz de la tribulación. La misma vehemencia de su celo le llevó, tal vez, á proferir alguna frase indiscreta y á adoptar algún procedimiento extremoso; pero aun entonces se movía á impulso de nobles ideas y propósitos elevados; aun entonces conservó limpia é incólume la honradez de su conciencia, sin mancharse con acciones indignas ni con sentimientos mezquinos. Aunque especialmente consagrado á las fecundas tareas de la vida intelectual, á la meditación y al estudio, á los santos amores del bien, de la verdad y la belleza, al doble magisterio del libro y de la cátedra, todavía intervino en asuntos públicos de tanta importancia como el régimen de la Universidad salmantina y la defensa de sus intereses y privilegios, al par que dentro de su Orden fomentaba el espíritu de la más rígida austeridad, y por honrosa comisión del Sumo Pontífice continuaba los trabajos de Santa Teresa en la reforma carmelitana.

Tal es el insigne varón cuya historia me propongo escribir después de hechas las investigaciones necesarias para realizar tan arduo empeño, ya que no con la perfección que él merece, con escrupulosa exactitud y con la mayor copia de datos en la parte narrativa.

Entre las fuentes bibliográficas consultadas, no son las más puras ni las más ricas las que por su remota fecha parece debían contener gran caudal de noticias auténticas é irrecusables. Ya he insinuado mi opinión sobre el elogio compuesto por Francisco Pacheco; de

él, sin embargo, se puede sacar algo útil y superior en interés á las vagas é incidentales referencias que hacen á nuestro personaje varios libros españoles de los siglos XVI y XVII. Sólo merecen exceptuarse de esta regla la *Historia del Convento de San Agustín de Salamanca*, por el Maestro Fr. Tomás de Herrera (1), y la indispensable *Bibliotheca hispana nova*, de Nicolás Antonio.

A D. Gregorio Mayans, el infatigable panegirista de las glorias nacionales, cupo la de escribir una biografía de Fr. Luis de León (2), hartó más completa que las conocidas anteriormente, demostrando en ella la erudición exquisita y el acendrado patriotismo que en otros trabajos similares acerca de Juan Luis Vives, Cervantes, etc., etc. Siguió las huellas de Mayans y se aprovechó de sus indagaciones, haciendo algunas más de propia cuenta, el agustino Fr. Francisco Méndez, conocido autor de la *Tipografía española*, auxiliar del P. Flórez y devotísimo admirador de Fr. Luis, cuyas poesías coleccionó con extraordinaria diligencia, aunque sin gusto ni suspicacia crítica (3).

A pesar de tan loables esfuerzos, quedaban muchos vacíos en la vida del inmortal poeta hasta que se descubrieron las piezas originales del primer proceso que

(1) Madrid, 1652, págs. 392-394.

(2) Publicada al frente de sus Poesías (Valencia, 1761), y reimpressa en el tomo XXXVII de la *Biblioteca de AA. Españoles*.

(3) La *Vida* de Fr. Luis de León, compuesta por el P. Méndez, permaneció inédita hasta que el P. Cámara, actual Obispo de Salamanca, hizo sacar un traslado del original, existente en la Biblioteca de la Academia de la Historia, y la insertó en los primeros volúmenes de la *Revista Agustiniiana*.

instruyó contra él la Inquisición de Valladolid, y de los seguidos á los Maestros Grajal, Martínez de Cantalapiedra, Gudiel y Francisco Sánchez de las Brozas. En 1813 salvó de una destrucción segura estos preciosos documentos el agustino Fr. Andrés del Corral, que fué el primero también en servirse de ellos para la redacción de un estudio histórico presentado á las Cortes de Cádiz, y que, por desgracia, se ha perdido (1).

Igual suerte debieron de correr las *Memorias* sobre la vida de Fr. Luis, escritas por el P. Fr. Antolín Merino, continuador de la *España Sagrada*, á quien debemos una edición excelente y casi irreformable de las obras castellanas del gran Maestro (2). Pensaba también el P. Merino publicar las latinas, allegando con este fin los materiales que últimamente se han aprovechado en la colección impresa en Salamanca, y al mismo tiempo se ocupaba con entusiasmo en componer

(1) A este propósito copiaré lo que se lee en el *Diario de las discusiones y actas de las Cortes*, tomo XXIII, Cádiz, imprenta de D. Diego García Campoy, 1813, págs. 82-83. (Sesión del 17 de Agosto del mismo año): «El Secretario de la Gobernación de la Península remitió una exposición en que el P. Fr. Andrés del Corral, de la Orden de San Agustín, Catedrático jubilado de Sagrada Escritura y sustituto de las cátedras de Lengua griega y hebrea de la Universidad de Valladolid, manifestaba que, con motivo de haber llegado á sus manos las causas originales que la Inquisición formó á los sabios españoles Fr. Luis de León, Gaspar de Grajal, Martín Martínez de Cantalapiedra, Fr. Alonso Guidel (*Gudiel*) y Francisco Sánchez de las Brozas, había compuesto una colección de noticias relativas á tan célebres y esclarecidos varones, la cual ofrecía al Congreso para que dispusiese de ella... Esta exposición se mandó pasar á la Comisión encargada de la inspección de la Biblioteca.»

(2) Seis volúmenes.—Madrid, 1804-1816.

las antedichas *Memorias*, de las cuales tenía acabados tres tomos en 15 de Noviembre de 1822, según consta por su correspondencia con el P. Muñoz Capilla (1). La penuria de recursos y las tempestades políticas de aquella edad tristemente célebre, que llevaban su acción desoladora y sus pavorosos ecos á la soledad del claustro, impidieron al venerable anciano gozar los frutos de su laboriosidad y darlos á conocer á los inteligentes (2).

En la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España* publicaron los académicos D. Miguel Salvá y D. Pedro Sáinz de Baranda el proceso de Fray Luis de León (3), cuya figura pudo así contemplarse á la viva y reveladora luz de testimonios fehacientes, ante los que se despejaban innumerables incógnitas, se desvanecían errores inveterados y se divisaban nuevos y vastísimos horizontes para estudiar con fruto, no sólo

(1) Se conserva autógrafa en la biblioteca de *La Ciudad de Dios*. Pueden leerse los pasajes que dicen relación con este asunto en el artículo del P. Marcelino Gutiérrez, *Escritos latinos de Fr. Luis de León* (vol. XXII, págs. 25 y 26 de dicha Revista).

(2) Á la obra del P. Merino debe de aludir D. Joaquín Lorenzo Villanueva cuando dice, bien desaliñadamente por cierto, en su *Vida literaria* (tomo I, pág. 340, Londres, 1825): «El escandaloso procedimiento de la Inquisición contra este sabio y virtuoso agustiniano (*Fr. Luis de León*) apareció en su proceso original hallado en el Archivo del Tribunal de Valladolid el año 1813. De él formó un extracto otro religioso erudito, conservando íntegras las contestaciones del respetable reo, dignas de su piedad y sabiduría. Esta obra la vi yo en Madrid el año 1820. ¿Quién creerá que no se había podido imprimir por falta de fondos?»

(3) Tomos X y XI.—Madrid, 1847-1848.

la vida de nuestro héroe, sino la historia interna de España en el siglo XVI, las pavorosas batallas que se libraron entonces en el estadio de las Universidades entre enemigos de condición bravía y con casi gladiatoria fiereza, las causas del apogeo y de la ruína de los estudios teológicos en la patria de Victoria y Suárez, los abusos que se cometieron á la sombra de la Inquisición, y las vías por donde la ignorancia y el falso celo religioso desnaturalizaron á veces la fecunda y magnífica cruzada del pueblo español contra los errores protestantes.

Un jurisconsulto americano, en quien la pureza de la ortodoxia y el noble anhelo de la imparcialidad rayaban tan alto como el saber y la cultura literaria, fué quien más pronto se encargó de examinar el proceso de Fr. Luis y de convertir en obra de arte lo que era sólo conjunto de materiales informes. Apenas apareció en *La Cruz*, revista católica mejicana (1855-1856), el *Ensayo histórico* de Alejandro Arango y Escandón (1), fué objeto de calurosos y merecidos elogios, por los cuales se sintió movido su autor á refundirlo completamente, como lo hizo, en efecto, mejorando mucho el trabajo primitivo (2). Campean en las páginas del *Ensayo* un dominio cabal del asunto y una templanza de juicio tan difícil como simpática, junto con cierta sen-

(1) Se publicó también aparte con el siguiente título: *Proceso del Padre Maestro Fr. Luis de León, Doctor Teólogo del Claustro y Gremio de la Universidad de Salamanca...*—México, imprenta de Andrade y Escalante, 1856.

(2) *Fr. Luis de León. Ensayo histórico, por el Lic. D. Alejandro Arango y Escandón, Abogado del Colegio de México.*—México, imprenta de Andrade y Escalante, 1866.

cillez elegante de estilo que hace deleitosa la lectura, á pesar de algunas incorrecciones. Sin embargo, no me parecen admisibles todas las consecuencias que Arango deduce, y aun creo que, en ocasiones, se deja dominar inconscientemente por la pasión, y juzga de los hombres y las cosas, no como quien interroga su testimonio con absoluto desinterés, sino como quien busca, ante todo, la demostración de una tesis.

La *Vida de Fr. Luis de León*, por D. José González de Tejada (1), oculta, bajo las apariencias de modesto opúsculo, una cantidad considerable de datos nuevos, adquiridos por información directa, aunque no convenientemente organizados, y es un estudio menos agradable, sí, que el de Arango y Escandón, pero acaso de mayor utilidad.

Dejo de ampliar esta reseña con la indicación de otras obras, folletos y artículos relacionados directa ó indirectamente con la biografía ó la personalidad científica y literaria de Fr. Luis, entre los cuales pudieran citarse la colección de sus escritos latinos, impresa en Salamanca (2), los autos del segundo proceso que le siguió el Tribunal del Santo Oficio, y que íntegramente he dado á conocer en *La Ciudad de Dios* (3); la *Historia de las ideas estéticas en España* y *Horacio en España*, de Menéndez y Pelayo, etc., etc.

También existen algunas monografías alemanas y francesas, que citaré cuando se ofrezca ocasión oportuna, tales como la del Dr. Wilkens (4), inspirada por

(1) Madrid, establecimiento tipográfico de T. Fortanet, 1863.

(2) 1891-1895.—Siete volúmenes.

(3) Vol. XLI.

(4) *Fr. Luis de León. Eine Biographie aus der Geschichte der*

un criterio de hostilidad sistemática al Catolicismo, y llena de románticas vaguedades; el trabajo de Reusch acerca de *Fr. Luis de León y la Inquisición*, publicado en 1873, cuando el autor figuraba ya en la secta de los *católicos viejos* (1); el artículo de J. M. Guardia, inserto en la revista *Le Magasin de librairie* (2); otro de Eduardo Laboulaye en el *Journal des Débats* (3); tres capítulos de la obra de P. Rousselot, *Les Mystiques espagnols* (4), etc.

Con haber tenido Fr. Luis de León tantos críticos é historiadores, aún están, repito, por esclarecer algunos sucesos notables de su vida, como demostrará la exhibición de los documentos inéditos que la fortuna me ha permitido hallar entre el polvo de los archivos. Aún hay también dificultad y riesgo en formular apreciaciones definitivas sobre una materia que parece de mero interés retrospectivo y arqueológico, y que, no obstante, se enlaza con graves y muy discutidos problemas de nuestros días, ó más bien de todos los tiem-

spanischen Inquisition und Kirche im sechszehnten Jahrhundert, von Dr. C. A. Wilkens, Licenciaten der Theologie, Pfarrer an der reformirten Kirche in Wien.—Halle, C. E. M. Pfeffer, 1866. 8.º de X-417 páginas.

(1) *Luis de Leon und die spanische Inquisition.*—Bonn, 1873. El autor no pudo consultar más que fuentes impresas, pero las utilizó muy bien, especialmente los autos del primer proceso.

(2) *41.ª livraison, tom. XI, 10 Juillet, 1860.*—El artículo se titula *Fr. Luis de León. Sa vie et ses poesies.*

(3) Reproducido en su libro *La Liberté religieuse*, 5.ª edición.—París, 1875, págs. 372-386. En el artículo *Stahl et Bunsen*, que forma también parte de esta colección, afirma Laboulaye, del cantor de *La vida del campo*, que es *el más eminente poeta lírico de la Europa moderna* (pág. 148).

(4) V, VI y VII.—París, Didier, 1869, págs. 214-307.

pos. No me desvanece la presunción de haber sabido evitar los defectos que censuro en otros; pero sí tengo el firme propósito de decir honradamente la verdad, tal como yo la conozca, sin estampar una sola frase que haga traición á mi conciencia.